

...LAVA TUS MANOS...

Un joven médico natural de Ofen (sólo 22 años), Ignaz Philipp Semmelweis, ocupó en febrero de 1846 el cargo de ayudante de la primera clínica de obstetricia de Viena. Entonces la “fiebre puerperal” no era otra cosa que un concepto médico, una consecuencia nefasta y no siempre evitable del parto, frente a la cual, los especialistas adoptaban una actitud pasiva e indiferente. En el primer mes de su trabajo, Semmelweis recogió 36 muertes por “fiebre puerperal” de entre 208 puérperas.

La sección de obstetricia de este hospital, estaba dividida en dos secciones. La primera, donde trabajaba Semmelweis, destinada a las clases de obstetricia de los estudiantes de medicina. La segunda, donde éstos no tenían acceso, estaba destinada a la formación de comadronas. Semmelweis comprueba que la primera sección pierde más del 10% de las parturientas por “fiebre puerperal”, mientras la segunda tiene por lo regular, un porcentaje de bajas inferior al 1%.

La muerte de su amigo el profesor Kolletschka, tras un cuadro febril similar a la “fiebre puerperal” después de sufrir una herida con el bisturí en la sala de autopsias, le hace reflexionar si las muertes de las puérperas y el médico respondían a la misma causa. Kolletschka había fallecido a causa de una lesión contaminada por restos de sustancias cadavéricas en descomposición ¿Llevaban los profesores y estudiantes con **las manos** las mismas sustancias al vientre de las parturientas?

Era la única explicación posible para justificar la diferente tasa de “fiebre puerperal” entre las dos secciones del hospital. Los médicos y estudiantes de la primera sección acudían de forma sistemática a la sala de autopsias antes de pasar sala y reconocer a las mujeres de la sección de obstetricia. Las comadronas no tenían este contacto previo.

El 15 de mayo, bajo su responsabilidad y sin consultar con sus superiores, fijó en la puerta de la clínica un cartel que rezaba:

“A partir de hoy, 15 de Mayo de 1847, todo médico o estudiante que salga de la sala de autopsias y se dirija a la de alumbramientos, tiene la obligación antes de entrar en ésta, de lavarse cuidadosamente las manos en una palangana con agua clorada dispuesta en la puerta de entrada. Esta disposición rige para todos. Sin excepción. P.I.Semmelweis”.

(Transcrito del libro “El Siglo de los cirujanos” de Jürgen Thorwald).

Restaban 30 años para el conocimiento de que las bacterias eran el agente causal de la “fiebre puerperal” y de todas las “afecciones purulentas”, pero Semmelweis descubrió el secreto de su transmisión por las manos e instrumentos médicos y quirúrgicos, secreto que tres decenios más tarde se convertirá en la base de la asepsia.

El jabón, el cepillo de uñas y el agua clorada entraban en la historia de la medicina a través de la sección de obstetricia del joven Semmelweis y probablemente han salvado más vidas que ningún otro descubrimiento en la historia de la medicina.

Pedro Hernández Cortés